

Las falsas promesas del tecnicismo a valorativo

Sol T. Minoldo

[*solminoldo@gmail.com*](mailto:solminoldo@gmail.com)

CIECS-CONICET (Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad)

Córdoba, Argentina

Resumen

Con esta ponencia, nos proponemos como **objetivo** contribuir al debate acerca de las condiciones de neutralidad y rigurosidad de la investigación sociológica. Para ello, comenzamos por recuperar y articular las contribuciones de Max Weber y Pierre Bourdieu con relación al problema de la neutralidad y objetividad de la sociología, y de su vinculación con los ámbitos de la política, el poder y los campos en los que el propio científico ocupa una posición. A continuación, para ilustrar la cuestión mediante un problema de conocimiento concreto, orientamos el análisis hacia el caso del estudio del envejecimiento y la seguridad social. La **hipótesis** de trabajo es que *aquellos análisis de corte tecnocrático, que presumen de dejar fuera de su producción cualquier valor o posición política, sacrifican su rigurosidad precisamente en nombre de dicha pretensión*. Porque es negar o desconocer los supuestos involucrados en nuestro trabajo, ineludiblemente presentes allí, lo que nos impide problematizarlos y darles el tratamiento que les corresponde en tanto tales. En el **caso** del estudio del envejecimiento de la población y su impacto material sobre los sistemas de seguridad social, es habitual que los principales abordajes se acompañen con el uso de técnicas sofisticadas y de análisis masivo de datos y, asimismo, que expresen sus conclusiones como forzosas e inevitables con relación al mundo empírico. Sin embargo, *es abrazando la ilusión de conseguir una neutralidad aséptica que naufragan completamente en obtener la neutralidad, sustituida, en cambio, por un autoritarismo académico*: a tal punto encubren la constitución teórica y valorativa de los supuestos con los que construyen su abordaje, categorías y herramientas metodológicas, que postulan como cuasi inevitables las que son soluciones eminentemente políticas al problema de la protección social de la vejez. Y no cabe suponer que esto ocurra necesariamente con una intencionalidad cínica sino más bien debido al uso irreflexivo de las herramientas de análisis, derivado de la falta de análisis crítico y consciencia acerca de los supuestos involucrados en ellas. **Concluimos** que el problema de conocimiento del envejecimiento y la seguridad social ilustra con bastante nitidez cuánto puede alejarnos de la objetividad el conceder a los datos una excesiva confianza, como si cuantos más datos y más refinadas las técnicas, su tratamiento pudiera abstraerse de una determinada manera de definirlos, recogerlos e interpretarlos. Es, por tanto, en virtud de la necesidad de un trabajo científico riguroso, que debemos poner en cuestión las preconcepciones de las categorías de análisis y herramientas metodológicas de este (y cualquier otro) problema de conocimiento.

Palabras clave: neutralidad científica – tecnicismo – epistemología

Introducción

La sociología se ha enfrentado históricamente con diversas preguntas referidas a la demarcación de su ámbito y su función. La complejidad de abordar un objeto de estudio con inmediata implicación en cuestiones políticas y relaciones de poder, ha favorecido el florecimiento de múltiples y diversos debates acerca de las condiciones de su neutralidad y rigurosidad, así como de su vinculación ontológica y práctica con la dimensión política y valorativa que atraviesa, después de todo, todo interés de conocimiento.

En estas páginas nos proponemos reflexionar en torno a la cuestión de qué puede, y bajo qué condiciones, aportar el análisis sociológico para el estudio, la interpretación y comprensión de diferentes aspectos de la realidad. Con ese objetivo, comenzaremos por recuperar y articular las contribuciones de Max Weber y Pierre Bourdieu con relación al problema de la neutralidad y objetividad de la sociología, y de su vinculación con los ámbitos de la política, el poder y los campos en los que el propio científico ocupa una posición. A continuación, para ilustrar la cuestión mediante un problema de conocimiento concreto, orientaremos el análisis hacia el caso del estudio del envejecimiento y la seguridad social.

La hipótesis de trabajo es que *aquellos análisis de corte tecnista, que presumen de dejar fuera de su producción cualquier valor o posición política, sacrifican su rigurosidad precisamente en nombre de dicha pretensión*. Porque es negar o desconocer los supuestos involucrados en nuestro trabajo, ineludiblemente presentes allí, lo que nos impide darles el tratamiento que les corresponde en tanto tales. Y es confundirlos con verdad objetiva lo que supone mezclar y confundir ciencia y política, despolitizando la política y politizando la ciencia, al pretender como ‘verdadero’ lo que sigue siendo ‘político’.

En el caso del estudio del envejecimiento de la población y su impacto material sobre los sistemas de seguridad social, es habitual que los principales abordajes se acompañen con el uso de técnicas sofisticadas y de análisis masivo de datos y, asimismo, que expresan sus conclusiones como forzosas e inevitables con relación al mundo empírico. Sin embargo, es abrazando la ilusión de conseguir una neutralidad aséptica que naufragan completamente en obtener la neutralidad, sustituida, en cambio, por un autoritarismo académico: a tal punto encubren la constitución teórica y valorativa de los supuestos con los que construyen su abordaje, categorías y herramientas metodológicas, que postulan

como cuasi inevitables las que son soluciones eminentemente políticas al problema de la protección social de la vejez. Y no cabe suponer que esto ocurra necesariamente con una intencionalidad cínica sino más bien debido al uso irreflexivo de las herramientas de análisis, derivado de la falta de crítica y consciencia de los supuestos involucrados en ellas.

Admitir la 'presencia' de valores como condición de la neutralidad

Las preguntas acerca de la relación entre la sociología y las preocupaciones políticas, así como las condiciones de un conocimiento neutral, están presentes en los primeros debates acerca de lo que es y debe (o puede) ser la sociología. En ese marco, el aporte de Weber contribuyó a visibilizar una tensión entre el reconocimiento de corte nietzscheano de la subjetividad propia de todo posicionamiento político, adhesión a valores o a una determinada moral,¹ y la posibilidad de un conocimiento que trascienda la parcialidad indisoluble de tales dimensiones, aportando algo que no constituya por sí mismo una toma de posición más.

La lectura de la neutralidad Weberiana desde la perspectiva de Parsons favoreció un solapamiento del carácter repolitizante de sus propuestas.² Sin embargo, diversos autores³ han acertado en recuperar el contexto social, cultural, académico y político en que Weber expuso sus ideas, para entender adecuadamente la significación de de las mismas. En ese marco, cobra relevancia el reconocimiento de la política como dimensión que atraviesa el proceso de conocimiento, ámbito politeísta en el que las posturas no pueden fundarse racionalmente y por lo cual el científico es libre en sus elecciones valorativas.

Asumir el relativismo de los valores como lo hace Weber implica, por un lado, descientifizar/politizar la política, en tanto que se la ubica “*en el terreno de la correlación*

¹ Para ampliar sobre el politeísmo de los valores, consultar Weber (2000) y Weber (1956).

² “La crítica al planteo [de Parsons] se afirma en la creciente ambigüedad que supone la traducción de ‘libertad ante los valores’ (*Wertfreiheit*) como ‘neutralidad valorativa’ (o ‘independencia ante los valores’” (Robles, 1998: 15). “La noción de neutralidad valorativa esta en la base de la imagen “estructural-funcionalista” de Weber atribuible a Parsons, en la medida en que la noción de neutralidad alude a la posibilidad de parte del científico (aunque se trate sólo de este actor social) de tomar distancia del universo valorativo de la sociedad para llevar adelante la producción de conocimiento. Tal como afirma Aguilar Villanueva la expresión “libertad valorativa”, escamoteada en la traducción de Parsons [que la traduce como neutralidad valorativa], es la que explica más integralmente las tesis de Weber ya que introduce por lo menos dos dimensiones: la de independencia y opcionalidad ante los valores”. (Robles, 1998: 16).

³ Entre otros, Aguilar 1984, Rossi 1978, Rabotnikof 1989 y Robles 1998.

de fuerzas y no en el de las fundamentaciones lógicas racionales” (Robles, 1998: 33).⁴ Al definir y distinguir (que no es separar) lo científico y lo político/ideológico/valorativo, se despoja a la ciencia de la pretensión autoritaria de determinar como verdaderos unos valores por sobre otros, como ocurre cuando *“para hacer callar de antemano al adversario se encubre como lógica de los hechos lo que en realidad sigue siendo política ahora como antes”* (Rabotnikof, 1989: 105-106). Establecer que la sociología no se ocupa de ‘resolver’ o dar solución a problemas políticos, por definición irresolubles, no implica que pueda prescindir plenamente de valores para poder desarrollarse. Según Weber, *“aquellos supremos ‘valores’ del interés práctico son y continuarán siendo siempre de decisiva importancia para la orientación que la actividad ordenadora del pensamiento introduce continuamente en el dominio de las ciencias de la cultura”* (Weber, 1956: 431-432). En definitiva, *“la función de los valores es la de dar significado a un mundo empírico que aparece como un caos sin sentido”* (Robles, 1998: 43).

La neutralidad no puede, entonces, entenderse como la ausencia de valores, dado que sería inconcebible la exclusión de los valores en el conocimiento sociológico. En cambio, la despolitización de la ciencia, y con ello la posibilidad de neutralidad, deriva de distinguir preguntas políticas de preguntas empíricas, para renunciar a hacer política por medio de la ciencia, como ocurre cuando se busca dar respuestas desde la sociología a preguntas que no le competen, porque no tienen respuestas racionales o ‘verdaderas’. En tal sentido, Weber expresaba que *“una ciencia empírica no está capacitada para enseñar a nadie lo que debe de hacer, sino sólo lo que puede y, en ciertas circunstancias, lo que quiere hacer”* (Weber, 1956: 428-429). En estos términos, se erige una propuesta de sociología que no usurpa el ámbito político con ciencia, ni el trabajo científico con política, asumiendo la necesidad distinguir analíticamente entre conocimiento científico y juicios de valor, reglamentando el primero, pero no arbitrando sobre los segundos.

Pero promover una sociología despolitizada, que no se oriente a validar racionalmente unos valores o fines políticos sobre otros, no significa en absoluto sugerir la posibilidad de que resulte políticamente neutral. El conocimiento que produzca tendrá, ineludiblemente, un impacto social y político. Y si bien puede decirse que todo conocimiento lo tiene, en el caso del conocimiento sociológico adquiere una relevancia especial debido a que su propio objeto se encuentra entrecruzado por aquellas luchas

⁴ Para ampliar sobre el sentido del aporte de Weber como (re)politización de la política, consultar Aguilar Villanueva (1984).

políticas y relaciones de poder, es decir, que les interpela de manera inmediata. La sociología no sólo interviene sobre la dimensión política en calidad de herramienta para proporcionar medios instrumentales a los sujetos según sus fines últimos. También clarifica lo que hay en juego en esas luchas. *“El producto cultural permanente de la ciencia es la claridad, la toma de posición consciente del hombre frente a sí mismo y a lo que hace”* (Rossi, 1978: 36). Al arrojar luz sobre lo que implica la toma de una posición, sus eventuales consecuencias y su consistencia con unos fines y no con otros, así como las implicancias de unos u otros medios instrumentales, el conocimiento sociológico contribuye a la responsabilidad de los sujetos/agentes políticos: *“la responsabilidad supone tomar decisiones sabiendo, calculando, previendo y haciéndose cargo de las consecuencias”* (Rabotnikof, 1989: 105).

La potencialidad del conocimiento sociológico para constituir un aporte genuino depende, sin embargo, de su capacidad para reconocer sus libertades y sus límites: por un lado, que en todo conocimiento se partirá de una elección (libertad valorativa), y por otro, que la misma no puede ni debe validarse científicamente (politeísmo de los valores). En este contexto, la neutralidad a la que debe orientarse la sociología científica se define en el sentido de una despolitización que no significa trabajar en ‘ausencia’ (o ‘independencia’) de valores, dado que son imprescindibles para siquiera plantearnos los problemas de conocimiento. Lo que significa la despolitización es abandonar el proyecto de arbitrar la lucha valorativa dando una respuesta pseudo científica a preguntas políticas. Y para ello debe ser capaz de distinguir entre objetivos políticos y de conocimiento, entre juicios de valor y juicios de hecho. Sólo evitando confundirlos es que la sociología se libraré de quedar sumergida en la relatividad desjerarquizada entre los valores del mundo de la política. Es esta una neutralidad contraria a la del sentido positivista que, por un lado, la pretende avalorativa, boicoteando su posibilidad de reconocer y detectar cuáles son los valores que atraviesan su práctica. Y que, por otro, propone como proyecto determinar leyes de necesidad histórica o fines últimos para la acción práctica, que implican precisamente usurpar el ámbito de la política, presentando como conocimiento racional y empírico lo que no por ello deja de tener un carácter eminentemente político.

El reconocimiento weberiano sobre la existencia ineludible de supuestos y valores para viabilizar un recorte de la realidad y construir un objeto de conocimiento, y para disponer de herramientas analíticas que orienten su abordaje, es continuado y llevado todavía más lejos por el análisis de Bourdieu. Este autor argumenta que la necesaria distinción entre

lo político y valorativo no es una tarea que competa únicamente a los puntos de partida sino que se continua a lo largo de todo el proceso de conocimiento, alcanzando incluso a los ‘juicios de hecho’ que refieren a lo empírico. Esto se debe a que *no existe referencia empírica pura*, puesto que la presunta expresión del hecho empírico, es decir, *el dato, constituye también una construcción* mediada por una mirada cargada de supuestos. De este modo, ya no hay sólo un problema de neutralidad axiológica vinculado con la construcción del objeto y los fines que el conocimiento sociológico se traza como proyecto, sino que se incorpora, en el mismo sentido, el problema de la neutralidad metodológica de las técnicas (Bourdieu et al., 2008). Según el autor, “*durante la observación y la experimentación el sociólogo establece una relación con su objeto que, en tanto relación social, nunca es de puro conocimiento*” (Bourdieu et al., 2008: 28). Incluso, “*no construir [un objeto científico], como lo hace el hiperempirismo positivista (...) sigue siendo un modo de construir, porque implica registrar –y ratificar– algo que ya está construido*” (Bourdieu, 1995: 177).

Una vez más, no se trata de ‘excluir’ la política, los valores y prenociones, que ineludiblemente atraviesan todo el proceso de conocimiento, sino de reconocerlos para objetivarlos y analizar su rol en dicho proceso. En palabras de Bourdieu, “*estos ‘intereses’, estas ‘pasiones’, nobles o bajas, solo llevan a la verdad científica en la medida en que vienen acompañados por un conocimiento científico de lo que los determina y de los límites que imponen al conocimiento*” (Bourdieu, 1990: 64). De hecho, aun si no le fuera posible producir verdades, la sociología ya podría tener una función social de interés si consiguiera visibilizar el carácter político de aquello que se presenta como ‘verdadero’ y/o ‘absoluto’: “*quizá la única función de la sociología es la de mostrar, tanto por sus lagunas visibles como por sus logros, los límites del conocimiento del mundo social y dificultar así todas las formas de profetismo, empezando, claro, con el profetismo que se dice ciencia*” (Bourdieu, 1990: 72). No se trataría en absoluto de un aporte irrelevante, teniendo en cuenta que según el autor “*no hay poder que no deba una parte —y no la menos importante— de su eficacia al desconocimiento de los mecanismos en los cuales se funda*” (Bourdieu, 1990: 68), desconocimiento que se vincula fuertemente con el solapamiento del carácter contingente, arbitrario y político de una determinada relación de fuerzas, forma de organización o de distribución, así como de los discursos

que respectivamente las legitiman.⁵

Entendiendo de esta manera lo que exige el rigor científico, es evidentemente paradójico negar, desde la pretendida neutralidad, los supuestos y valoraciones que la neutralidad requeriría reconocer para poder tratar como tales. No ser conscientes de los supuestos y valores en juego resulta en una práctica que los incluye igualmente, pero de manera irreflexiva. En palabras de Bourdieu, *“una de las principales causas de error en la sociología reside en una relación no controlada con el objeto, o, para ser más exactos, reside en el desconocimiento de todo aquello que en la visualización del objeto proviene del punto de vista, es decir, de la posición que se ocupa en el espacio social y en el campo científico”* (Bourdieu, 1990: 63). Negar y desconocer los intereses propios y la relación de fuerzas en la que el conocimiento científico se desarrolla, es mirar para otro lado respecto de cómo nuestro punto de vista, interés y posición en el espacio social y en el campo científico pueden afectar (y limitar) nuestro conocimiento. Con esta relación no controlada con nuestro objeto de estudio, podemos caer fácilmente en proyectar una mirada y perspectiva particular como una condición del objeto, y no de quien la observa. Si los valores no pueden separarse y excluirse del proceso de conocimiento, nos queda reconocerlos para poder objetivar, en lo posible, su impacto sobre nuestros resultados.

El problema de la neutralidad axiológica en los estudios sobre el envejecimiento y la seguridad social

En las investigaciones acerca del impacto material del envejecimiento de la población,⁶ y con relación a la viabilidad de sostener sistemas de seguridad social capaces de garantizar el acceso al ingreso de una cantidad creciente de la población, se emplea corrientemente el indicador de dependencia (o el indicador de apoyo, que es su contrapartida) que relaciona la cantidad de personas ‘en edad laboral’ con al cantidad de personas en ‘edad jubilatoria’. Es decir, potenciales trabajadores y potenciales jubilados.

⁵ “La destrucción de este poder de imposición simbólica fundado sobre el desconocimiento supone la toma de conciencia de lo arbitrario, es decir el develamiento de la verdad objetiva y la aniquilación de la creencia” (Bourdieu, 1990: 33).

⁶ El envejecimiento de la población es un concepto que refiere a un fenómeno demográfico, caracterizado por el incremento absoluto y relativo de las personas mayores en una población. Se lo interpreta como un subproducto de la transición demográfica que consiste en un proceso demográfico de largo plazo que se inicia con una reducción de la mortalidad, con su correlato en un incremento de la expectativa de vida, seguido de un descenso de las tasas de fecundidad, resultando en una profunda alteración de la estructura tradicional de edades con preminencia de población infantil.

Ello permite reconocer en qué medida el envejecimiento de las poblaciones representa un incremento de las presiones (definidas frecuentemente como ‘cargas’) sobre los ingresos de los trabajadores.

El indicador de dependencia constituye una herramienta que asume como regular una determinada relación entre los grupos de edad y su capacidad de generar (o percibir) ingresos laborales. Se abstrae, de este modo, de las específicas relaciones entre edad y comportamientos ‘productivos’ que varían de una sociedad a otra, y en una sociedad a lo largo del tiempo, en función de variables laborales, niveles de productividad, relaciones de distribución primaria, y variables que a su vez condicionan a éstas, como cuestiones culturales, políticas e incluso, demográficas. A su vez, el indicador de dependencia asume el supuesto de que la relación que observa, es decir, la relación entre los grupos de edad de acuerdo a sus capacidades para generar ingresos laborales, es significativa para entender el impacto material del cambio en la estructura de edades, y particularmente el impacto del envejecimiento sobre la sostenibilidad de los sistemas de seguridad social. En tanto que tal supuesto es incorporado irreflexivamente, los resultados del indicador son interpretados como respaldo empírico para concluir una relación causal entre el fenómeno demográfico de envejecimiento de la población y problemas de sostenibilidad para la seguridad social, dando por descontado que son los ingresos laborales, y no por ejemplo las rentas del capital, los únicos recursos genuinos para financiar la seguridad social.

Con una metodología que invisibiliza la relevancia de la propia relación distributiva que describe como eventual dimensión de la explicación del problema de estudio, y que se abstrae también de las variables que la condicionan (como las del mercado laboral), las recomendaciones propuestas frente al problema social en cuestión se orientan a interferir sobre el fenómeno demográfico, incrementando las tasas de fecundidad (Espina, 2004), o bien a reformar la seguridad social con el fin de conseguir el equilibrio financiero de antaño, por ejemplo, recomendando elevar la edad jubilatoria (De Santis, 2003). De este modo, si bien la relación de dependencia se trata una categoría cuya correcta descripción podrían resultar muy útil para entender el impacto del fenómeno demográfico en un marco determinado de relaciones distributivas y sociales, su tratamiento como herramienta metodológica ahistórica y neutral lleva a sugerir, en calidad de ‘propuestas neutrales’, aquellas que se deducen de tales análisis y que son en realidad respuestas políticas, ya que dan por sentada la preservación de determinadas relaciones sociales,

productivas y distributivas, como si no fuesen contingentes y su transformación no constituyera una opción política.

En los últimos años, el indicador de dependencia ha sido cuestionado por la invisibilización de las variables laborales como mediadoras del impacto demográfico, proponiéndose indicadores que reflejen más adecuadamente la relación de sostén material entre los sectores trabajadores y los grupos de edad ‘improductivos’ (Uthoff et al. 2006). Asimismo, desde el proyecto National Transfer Accounts o NTA (Naciones Unidas, 2013) se ha propuesto establecer la significación específica que en cada sociedad adquiere la relación entre la estructura de edades y la economía, construyéndola a partir datos de la realidad y no de especulaciones o prenociones arbitrarias, considerando para ello las tasas de actividad, empleo y productividad de los diferentes grupos etarios en cada país. Si bien se trata de un relevante aporte que ha problematizado las categorías básicas del indicador de dependencia y ha señalado como contingente e histórica la relación entre las edades y la producción, el indicador reformulado en función de esta propuesta, que es el indicador de dependencia *económica*, utiliza datos puntuales proyectados en series de largo plazo,⁷ abstrayéndose nuevamente de la variabilidad de la relación entre grupos de edad y la generación de ingresos laborales. El cálculo del indicador en series de largo plazo se realiza extrapolando en el tiempo, como si fuesen longitudinales, datos transversales (de medición puntual). Y aunque esta licencia metodológica es reconocida explícitamente como una limitación, esto no solapa el hecho de que las conclusiones se basan en normalizar en el largo plazo variables cuya fluctuación podría ser clave en la determinación de la categoría evaluada con el indicador. Así, a pesar de reconocer que la relación entre edades y producción depende en primer lugar de variables económicas y laborales, se concibe la posibilidad de dejar a un lado su variación para analizar la relación que, en definitiva, está parcialmente determinada por ellas. Lo cierto es que mediante la aplicación de esta metodología, cualquier transformación que se produjera en la relación económica efectiva entre productores y consumidores —ya sea por cambios en el mercado de trabajo o los niveles de producción del sistema productivo—, no afectaría los resultados recogidos en los indicadores de dependencia económica.

⁷ Mediante mediciones de un año puntual, se establecen parámetros fijos para ponderar la significación de cada grupo de edad en términos de generación de ingresos y gastos de consumo en diferentes años. Así, se solapa la potencial relevancia explicativa de la transformación de dichos patrones.

Ciertamente, el proyecto NTA ha constituido un relevante aporte para comenzar a plantear y problematizar los supuestos que atraviesan la construcción de los indicadores acerca del impacto económico de la vejez. Ahora bien, luego de interpelar acertadamente la arbitrariedad en la que incurren indicadores que imputan de manera abstracta una relación entre edades e ingresos -que dista de ser regular y estable de una sociedad a otra, y a lo largo de la historia de cada una-, no ha avanzado más allá de producir patrones para diferentes países, pero que luego replican, en el estudio de cada uno, el empleo de los mismos como herramientas ahistóricas. Por otra parte, el NTA tampoco advierte de la parcialidad que supone ponderar el impacto del crecimiento relativo de adultos mayores sólo con relación a lo que los demás grupos etarios significan en términos de ingresos laborales. Lo cierto es que sus resultados refieren a la evolución de una relación particular, cuya significación es subsidiaria, a su vez, de la centralidad de los ingresos laborales para acceder de forma directa al ingreso, así como para financiar la seguridad social.

La cantidad de datos (demográficos y económicos) empleados por las herramientas metodológicas aquí aludidas, concede a los trabajos basados en su uso un aparente carácter de neutralidad y objetividad, sustentado en la importancia que adquiere la referencia empírica en sus análisis. Sin embargo, y a la luz de las cuestiones recién expuestas acerca de los verdaderos desafíos de la neutralidad, pierden rigurosidad precisamente por aquello que les proporciona esa falsa apariencia avalorativa. Por un lado, cuando las relaciones de dependencia, establecidas de acuerdo a la relación entre los grupos de edad y sus perfiles de consumo e ingresos, se calculan imputando a cada grupo etario una significación establecida de manera ahistórica, se incurre en un error propiamente analítico, excluyendo no sólo las variaciones efectivas en esa relación (de la que dependen los resultados en última instancia), sino las de las variables que condicionan dicha relación, y que no deberían tratarse como independientes del problema en estudio. A su vez, cuando los estudios del envejecimiento y la seguridad social tienden a mostrar como realidad objetiva la insostenibilidad de la seguridad social y una lista de políticas que deben ser aplicadas ‘por razones de fuerza mayor’, incurren en realidad en un solapamiento de los posicionamientos políticos implicados en sus abordajes y herramientas metodológicas. Atribuir al envejecimiento consecuencias que solo le son imputables en el marco de relaciones específicas de distribución, supone asumir como postura y punto de partida que esas relaciones deben mantenerse inalterables, encubriendo el hecho de que pueden ser interpeladas, ellas mismas, como posible parte

del problema. El inconveniente de estos análisis no es, evidentemente, su parcialidad, sino su irreflexibilidad frente a la misma, que les lleva a confundir datos y hechos con lo que es propiamente una toma de posición. En tal sentido, asumir las premisas constitutivas en las herramientas metodológicas para el abordaje empírico del problema del envejecimiento, implica que quien se respalde en tales conclusiones para plantear soluciones a la sostenibilidad de la seguridad social lo haga asumiendo la responsabilidad de tal posicionamiento. Posicionamiento en el que, lejos de estar ausentes los valores, se establece como forzosa la preservación del esquema contingente de financiamiento de la seguridad social basado en cotizaciones, se deja a un lado la relevancia causal de las variables del mercado de trabajo, y no se problematiza la relación de distribución primaria entre capital y trabajo.

Todo lo que hemos descripto constituye un claro ejemplo de lo que Weber denunciaría como una confusión entre los ámbitos políticos y científicos, y como una tentativa abusiva de anular lo que es decisión y responsabilidad política con una apariencia de verdad científica. Constituye, fundamentalmente, un caso ilustrativo de los problemas de neutralidad metodológica señalados por Bourdieu, cuando se desconoce que la construcción del dato y los indicadores de análisis empíricos incluyen supuestos que, si no son asumidos, tampoco pueden ser objetivados y analizados. El conocimiento sociológico queda, de este modo, ciego respecto de sus límites, y se politiza de manera inexorable.

Asumiendo que con relación a la preocupación respecto del impacto material del envejecimiento, es ineludible la referencia a parámetros social y políticamente determinados, nos propusimos aportar un abordaje capaz de visibilizar el debate político en juego con relación al problema del financiamiento de la seguridad social. Entonces, con el objetivo de proporcionar herramientas metodológicas que permitan reconocer el rol de las relaciones distributivas como condicionantes de la significación de la estructura de edades sobre el financiamiento de la seguridad social, nos esforzamos por construir herramientas analíticas que tomaran en consideración el total del valor de la producción social (y no solo los ingresos laborales), analizando el cambio la estructura de edades, y particularmente del envejecimiento, en función de parámetros de equilibrio que aludan de forma explícita a ciertos criterios de distribución -intra e inter generacional, y entre recursos destinados al sistema productivo y recursos destinados al consumo (Torres-Minoldo 2016). Así, para determinar si los recursos totales producidos socialmente

alcanzan para financiar los gastos de un grupo en particular, en este caso las personas mayores, afrontamos el problema de determinar qué otras asignaciones de tales recursos se estipulan como relevantes, de modo que pueda definirse la existencia de un ‘problema de sostenibilidad’ de acuerdo a si quedan comprometidas o no por las demandas de gastos del grupo de personas mayores. En tal sentido, aspiramos a establecer parámetros que recogieran las principales preocupaciones que, aunque no han sido chequeadas empíricamente con rigor, se deducen frecuentemente de los resultados más inquietantes de indicadores de dependencia.⁸ El primer parámetro de sostenibilidad (que denominamos Suficiencia) se estableció en función de la posibilidad de cumplir con el requisito de sostener inalterables los niveles de bienestar de los demás grupos etarios (definido como una capacidad de consumo per cápita constante). Es decir, que con él evaluamos si, con relación a la producción económica concreta y verificada de cada sociedad, la transferencia de ingresos a adultos mayores tiene potencialidad para comprometer, o no, los recursos necesarios para garantizar la continuidad de dicho bienestar. En un siguiente nivel, se incorporó una exigencia adicional al parámetro de sostenibilidad, referida a la presunta amenaza de las transferencias crecientes a los mayores sobre los recursos destinados al funcionamiento del sistema productivo. Así, el segundo nivel de sostenibilidad (denominado de Disponibilidad) incluye el requisito de disponer de recursos equivalentes al nivel relativo (como porcentaje de PBI) de los recursos no destinados al consumo al inicio de la serie. Un tercer nivel recoge la preocupación por las eventuales consecuencias del envejecimiento, y los recursos que demanda el consumo de los grupos etarios de mayores, como impedimento para incrementar los recursos destinados a los niños a medida que reducen su participación relativa en la población (distribuyendo hipotéticamente los mismos recursos, pero entre menos individuos). Para ello se estableció el nivel más alto de sostenibilidad (que llamamos de Presión Redistributiva Intergeneracional) como aquél en que los recursos requeridos por el consumo de los mayores no comprometían tampoco el nivel relativo de la cuota de recursos de la que disponían los grupos de otras edades en el año de referencia, aunque se haya reducido su participación relativa en la población.

El trabajo de análisis crítico de las herramientas metodológicas empleadas para el estudio del envejecimiento, y la propuesta de nuevas herramientas que no encubran, sino que revelen, la dimensión política del problema, permiten reconocer la potencialidad de

⁸ Para ampliar sobre la propuesta metodológica aquí descrita, consultar Torres-Minoldo (2016).

abordajes que se distancien del tecnicismo que se pretende avalorativo. Asimismo, ilustran el aporte que supone, para el objetivo de rigor y neutralidad, reconocer explícitamente y como punto de partida cuáles son los consensos valorativos desde los que se construyen las herramientas de medición.

Reflexiones finales

La sociología tiene una gran potencialidad para contribuir al conocimiento de los problemas sociales y políticos, pudiendo aportar a responsabilizar la política, así como a debilitar estructuras de poder fuertemente respaldadas por el desconocimiento o invisibilización de sus mecanismos, y su carácter contingente. Sin embargo, dicho aporte depende directamente de su capacidad para problematizar sus propias categorías de conocimiento y no ceder a la tentación de un supuesto neutralismo avalorativo que implica, paradójicamente, el naufragio asegurado de la neutralidad.

Lejos de conducir a un relativismo sin salida para el conocimiento científico, es el reconocimiento de las premisas y parámetros que están en la base de la construcción del objeto de conocimiento, de las categorías de abordaje, de las herramientas metodológicas para analizarlos y hasta de la construcción del dato desde el que accedemos al mundo empírico, el que nos permite analizar el condicionamiento que tendrán sobre nuestra relación de conocimiento. De esa manera, y sólo así, es posible construir un conocimiento científico que no constituya un posicionamiento político más, este sí, propio de un ámbito de relatividad.

El problema de conocimiento del envejecimiento y la seguridad social ilustra con bastante nitidez las dificultades que supone malinterpretar el sentido de la neutralidad posible en el conocimiento sociológico. Nos muestra cuánto puede alejarnos de la objetividad el conceder a los datos una excesiva confianza, como si cuantos más datos y más refinadas las técnicas, su tratamiento pudiera abstraerse de una determinada manera de definirlos, recogerlos e interpretarlos. Es, por tanto, en virtud de la necesidad de un trabajo científico riguroso, que debemos poner en cuestión las preconociones de las categorías de análisis y herramientas metodológicas de este (y cualquier otro) problema de conocimiento, exponiendo cuando lo requiera, la parcialidad de su alcance, relativo a determinados supuestos, valores o configuración específica de relaciones de distribución de la riqueza y el poder.

Bibliografía

- Aguilar Villanueva, Luis (1984). "El programa teórico político de Max Weber", en *Galván Díaz y Cervantes Jáuregui (comp): Política y desilusión (lecturas sobre Weber)*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Bourdieu, Pierre (1995), "Una duda radical", en *Respuestas. Por una antropología reflexiva*. Grijalbo, México, pp. 177-184.
- Bourdieu, Pierre (1990). *Sociología y cultura*. México: Grijalbo.
- Bourdieu, Pierre, Chamboredon, Jean-Claude y Passeron, Jean-Claude (2008), *El oficio de sociólogo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Chackiel, Juan (2004). La dinámica demográfica en América Latina. *CELADE, Serie Población y Desarrollo*, No 52. Santiago de Chile.
- De Santis, Gustavo (2003). The demography of an equitable and stable intergenerational transfer system. *Population*, Vol. 58, No 6, pp. 587-622.
- Espina, Alvaro (2004). *Un problema de elección social: la reforma del estado de bienestar en Europa*. Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos.
- MacInnes, John y Pérez Díaz, Julio (2008). «La tercera revolución de la modernidad: la reproductiva». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS)*
- Naciones Unidas (2013). *National Transfer Accounts Manual, Measuring and Analyzing the Generational Economy*. Nueva York: Department of Economic and Social Affairs. United Nations Publication.
- Rabotnikof, Nora (1989). Max Weber: Desencanto, política y democracia. Mexico DF: UNAM.
- Robles, Horacio (1998). La neutralidad valorativa en Max Weber, ciencia, política y valores. *Tesis presentada para la obtención del grado de Licenciado en Sociología*. La Plata: UNLP.
- Rossi, Pietro (1978). *Max Weber: Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Torres-Minoldo, María Sol (2016). "La sostenibilidad del envejecimiento". *Papers revista de sociologia*. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona. vol.100 Núm.

5.

Uthoff, Andras; Vera, Cecilia & Ruedi, Nora (2006). Relación de dependencia del trabajo formal y brechas de protección social en América Latina y el Caribe. *CEPAL, Serie Financiamiento del Desarrollo*, No 169. Santiago de Chile.

Weber, Max (1956). La objetividad del conocimiento propio de las ciencias sociales y de la política social. *Revista de Economía Política*, (16).

Weber, Max (2000). “La ciencia como profesión”, en *Política y Ciencia*. Ed.Elaleph.com